



No debemos pasar por alto que muchas de las inscripciones funerarias aparecen encabezadas por una dedicatoria a los dioses Manes. Era la forma habitual de rendir culto a estas divinidades del mundo de ultratumba. Junto a la incineración, la inhumación era la forma de enterramiento preferido por muchos valencianos de época imperial. Los cadáveres llevaban entre los labios la moneda para pagar a Caronte, el barquero de la laguna Estigia.

Inscripción funeraria dedicada a los Dioses Manes. Lumières, *Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia*. Biblioteca Histórica, Universitat de València.

Junto a la incineración, la inhumación era la forma de enterramiento preferido por muchos valencianos de época imperial. Los cadáveres llevaban entre los labios la moneda para pagar a Caronte, el barquero de la laguna Estigia.

LA VALENTIA TARDORROMANA

Un tiempo de transformaciones

[MIGUEL REQUENA –UVEG–]

Con el asesinato de Alejandro Severo (235), último representante de esta dinastía, se inicia un periodo de inestabilidad denominado tradicionalmente por la historiografía como *la crisis del siglo III*. Un periodo de aproximadamente 50 años, entre el 235 (muerte de Alejandro Severo) y la proclamación como emperador de Diocleciano en el 284, en el que el Imperio romano sufrirá toda una serie de alteraciones sociales, económicas, ideológicas y políticas que acelerarán un proceso de transformación ya iniciado a finales del siglo anterior.

Si como ocurre frecuentemente nos dedicáramos a enumerar aquí las penalidades que a nivel general sufrió el Imperio en este periodo –inestabilidad política e institucional a consecuencia de las numerosas usurpaciones del poder y de fenómenos separatistas como el de Zenobia en Oriente o Póstumo en Occidente, devaluaciones monetarias, invasiones de pueblos bárbaros, tensiones militares en las fronteras, epidemias de peste, piratería, etc.–, la imagen resultante es realmente desoladora. Y lo que resulta todavía más dramático en nuestro caso: esta imagen suele ser aplicada directamente a cualquier ámbito local, por mínima que sea la evidencia arqueológica.

La historiografía sobre la ciudad de *Valentia* para dicho periodo se ha visto también condicionada por este dramático espejismo, dibujando un panorama de «destrucciones, incendios y abandonos» (RIBERA, 2003, 46), e incluso de «colapso urbano general» (RIBERA, 1999, 39), en parte inducido por la supuesta condición de paso de nuestro territorio en la no menos hipotética primera invasión de la península ibérica por pueblos germanos en su marcha desde el centro de Europa a África, señalada por autores como Sexto Aurelio Victor (*Libro de los Césares* 33, 3), Eutropio (9, 8, 2) u Orosio (7, 22, 7-8 y 7, 41, 2).

Frente a dicha imagen, numerosos estudios recientes tienden a desdramatizar las consecuencias de dicha crisis (ARCE, 1993) y, sobre todo, a relativizar la generalización de las mismas, dos principios metodológicos perfectamente aplicables al ámbito que aquí analizamos. En efecto, no podemos hablar para la ciudad de *Valentia* de crisis generalizada para el siglo III, sino que como ya comprobamos para gran parte del territorio de la actual Comunidad Valenciana (RIBERA, 1991, 189-194; PÉREZ CENTENO, 1998-1999), al margen de posibles destrucciones puntuales sobre las que intentaremos profundizar posteriormente, la segunda mitad del siglo III supone un periodo de importantes transformaciones económicas, políticas y sociales que evidentemente ocasionarían la ruina o declive de los particulares y comunidades que no supieron o no pudieron superarlas, pero también, evidentemente, el desarrollo de aquellos que supieron adaptarse a las nuevas realidades socioeconómicas e institucionales.



En la misma ciudad, durante el siglo III, los niveles de destrucción son rápidamente reconstruidos, y si bien se aprecia una reducción del perímetro urbano, la mayoría de edificios públicos continúan con su función original. Sin olvidar la continuidad en las dedicatorias a emperadores y miembros de la familia imperial por parte de la doble comunidad de ciudadanos de Valencia, y de las que han llegado a nosotros los epígrafes dedicados a los hijos del emperador Decio, datables en los años 249-250, a Claudio II el Gótico, para el año 269, y a Aureliano, cuyo reinado se desarrolló entre los años 270-275. Una concentración de dedicatorias imperiales elevadísima, ya que representan casi un tercio de todas las que han sido encontradas en nuestra ciudad y que confirma la actividad de las instituciones municipales en este periodo.

Pedestal del emperador Aureliano.
Centre Arqueològic L'Almoína.
Foto: Archivo SIAM.

Así, por ejemplo, apreciamos dificultades en el transporte marítimo (prueba de ello sería «el abandono de las instalaciones del puerto fluvial» (RIBERA, 1999, 46), así como el declive de los sectores vinculados a él, pero en contrapartida, se produce una activación y desarrollo de las rutas terrestres y de las grandes villas rústicas vinculadas a estas vías, por ejemplo en el interior del territorio de *Valentia* (REQUENA, 1991, 193). En la misma ciudad los niveles de destrucción son rápidamente reconstruidos, y si bien se aprecia una reducción del perímetro urbano, la mayoría de edificios públicos continúan con su función original (ÁLVAREZ *et al.*, 2005, 251). Sin olvidar la continuidad en las dedicatorias a emperadores y miembros de la familia imperial por parte de la doble comunidad de ciudadanos de Valencia, y de las que han llegado a nosotros los epígrafes dedicados a los hijos del emperador Decio, datables en los años 249-250, a Claudio II el Gótico, para el año 269, y a Aureliano, cuyo reinado se desarrolló entre los años 270-275 (CORELL, 1997, 19-22). Una concentración de dedicatorias imperiales elevadísima, ya que representan casi un tercio de todas las que han sido encontradas en nuestra ciudad y que confirma la actividad de las instituciones municipales en este periodo.

Sin lugar a dudas la mejor capacidad de adaptación de la comunidad valentina a la nueva realidad socioeconómica está en la base del periodo de estabilidad que, como veremos posteriormente, disfrutó la ciudad desde finales del siglo III y durante el siglo IV. Y sobre todo favorecerá la consolidación de la ciudad como centro urbano más destacado de su área de influencia, eclipsando la hasta ahora preponderancia ejercida por *Saguntum*. No conocemos las claves concretas de este proceso de cambio, ni siquiera si fueron razones exclusivamente económicas las que lo propiciaron, lo que en todo caso parece claro es que no fue un caso único, pudiendo apreciar un proceso similar para *Barcino*, que tomará el relevo de la hasta ahora capital provincial *Tarraco*.

Pero, evidentemente, esta relativización de la fisonomía y de las consecuencias de la llamada crisis del siglo III para nuestro territorio, no niega la existencia de problemas puntuales. Entre los años 270 y 280 la arqueología documenta indicios de destrucción e incendio en diversos ámbitos de la ciudad (ÁLVAREZ *et al.*, 2005, 251), así como un tesorillo (RIBERA, 2000, 460). La datación de estos niveles de destrucción, confirmada por datos concretos (RIBERA, 1999, 39), nos traslada a un momento bastante tardío de ese supuesto periodo de crisis —una década después de las tan citadas supuestas invasiones germanas—, momento en el que gracias a la enérgica política desarrollada por los emperadores Claudio II, Aureliano y Probo, comienzan a superarse los problemas de la fase anterior.

En efecto, con Claudio II el Gótico (julio 268-principios del 270) se inicia la época de los conocidos como emperadores ilirios. Originarios de las provincias danubianas e ilíricas, sus reinados, que como la mayoría de los emperadores del siglo III se apoyarán en el poder de las legiones, suponen una consolidación del poder imperial, que acabará con las continuas usurpaciones e intentos separatistas de distintas regiones, así como una estabilización económica y social en todos los territorios del Imperio romano. Significativamente, en *Valentia* se han localizado inscripciones honoríficas dedicadas a tres de los más destacados emperadores de este periodo: a Claudio II el Gótico (269) y a Aureliano (270-275) por parte de la doble comunidad de ciudadanos de la ciudad, y a Probo (280-281) por el legado jurídico de la provincia Hispania Tarraconense, el senador Alio Máximo (CORELL, 1997, nº 23). Al margen de ciertos problemas en la titulación oficial de las

dedicatorias, la cuestión que en estos momentos nos interesa es valorar el carácter que pudieron tener las presentes inscripciones.

Para algunos autores la erección de inscripciones a Claudio II en Hispania, significaba su definitivo reconocimiento como emperador de estos territorios frente a Tétrico, que continuaba en la Galia con el reino galorromano creado por el usurpador Póstumo (MONTENEGRO, 1982, 255; PADILLA, 1989, 41). Sin embargo esta valoración parte de la supuesta pertenencia de Hispania al Imperio galorromano, hipótesis no confirmada por la documentación existente y, además, no explica la concentración de epígrafes dedicados a este emperador en las ciudades del arco mediterráneo hispano –*Saguntum*, *Barcino*, *Valentia* y *Saetabis*–, o en una zona cuya economía depende de él, como es el caso del *conventus Astigitanus* a orillas del Guadalquivir. Una distribución similar encontramos para el caso Aureliano, con inscripciones en *Barcino*, *Saguntum*, *Valentia* y Córdoba. Además, tanto la dedicatoria de *Valentia* como la de *Saguntum* son de las escasas inscripciones en las que el emperador aparece con la denominación de *deus*, título que no había ostentado hasta ahora ningún emperador en vida.

Esta concentración en el área mediterránea nos permite plantear la posibilidad de que las inscripciones dedicadas a Claudio II y a Aureliano puedan tener relación con algún problema concreto de esta zona, superado gracias a la actuación de los emperadores ilirios. Dejando a un lado la posibilidad de que se tratase del final de las discordias producidas por las supuestas invasiones bárbaras, que en mi opinión, de existir, no afectaron decisivamente a nuestro territorio, podemos suponer que acciones como la pacificación del Mediterráneo y la consiguiente seguridad en las comunicaciones marinas afectadas por la inestabilidad del periodo anterior, pudieron estar en el origen del amplio reconocimiento de unas ciudades afectadas por las incursiones o razias procedentes del mar. Tal vez, como consecuencia de dichos problemas, podamos explicar mejor la presencia en *Valentia* de Alio Máximo, legado jurídico de la provincia *Hispania Tarraconensis* (CORELL, 1997, 23).



Mapa de las divisiones provinciales durante el bajo Imperio en Hispania.



El advenimiento de Diocleciano, el 20 de noviembre del 284, cierra la etapa de tensiones que habían caracterizado el periodo anterior e inicia una fase de estabilidad y recuperación económica de la que se va a beneficiar claramente la ciudad de *Valentia*. La labor edilicia constatada para la ciudad en el siglo IV, junto al desarrollo de una notable actividad artesanal son el reflejo de un evidente bienestar económico que derivaría en una estabilidad social, aprovechada por el poder romano para trasladar desde Zaragoza a nuestra ciudad al obispo Valero y al diácono Vicente, donde fueron juzgados y éste último martirizado. No conocemos como pudo afectar a la vida municipal el cambio de adscripción administrativa de nuestra ciudad, que como consecuencia de las reformas de Diocleciano pasó de formar parte de la provincia *Tarraconensis* a integrarse en la recién creada provincia *Carthaginensis*, ésta bajo el mando de un gobernador de rango común (*praesides*).

Martirio y muerte del diácono Vicente, frescos de Bartolomeo Matarana para la capilla de Corpus Christi del Colegio del Patriarca de Valencia, 1597-1605.

El advenimiento de Diocleciano, el 20 de noviembre del 284, cierra la etapa de tensiones que habían caracterizado el periodo anterior e inicia una fase de estabilidad y recuperación económica de la que se va a beneficiar claramente la ciudad de *Valentia*. La labor edilicia constatada para la ciudad en el siglo IV (RIBERA, 2003, 49-50), junto al desarrollo de una notable actividad artesanal (ÁLVAREZ *et al.*, 2005, 251-260) son el reflejo de un evidente bienestar económico que derivaría en una estabilidad social, aprovechada por el poder romano para trasladar desde Zaragoza a nuestra ciudad al obispo Valero y al diácono Vicente, donde fueron juzgados y éste último martirizado. No conocemos como pudo afectar a la vida municipal el cambio de adscripción administrativa de nuestra ciudad, que como consecuencia de las reformas de Diocleciano pasó de formar parte de la provincia *Tarraconensis* a integrarse en la recién creada provincia *Carthaginensis*, ésta bajo el mando de un gobernador de rango común (*praesides*).

Tampoco tenemos constancia de que la disolución en el año 305 del sistema político de gobierno establecido por Diocleciano, la conocida como Tetrarquía, y la consiguiente crisis de la dinastía constantiniana afectaran de forma importante a nuestras tierras. Todo el siglo IV d.C. fue un tiempo de tranquilidad y recuperación. Las grandes convulsiones de la centuria anterior quedaron extinguidas. La península ibérica se limitó a contemplar pasivamente las disputas entre los distintos miembros de dicha dinastía, sin verse afectada por graves disturbios, batallas o levás (ARCE, 2009, 27ss).

Este panorama de estabilidad cambiará radicalmente en el siglo V. Tras la división del Imperio romano por Teodosio entre sus dos hijos (395), la autoridad de Honorio sobre el imperio de Occidente comenzó a desmoronarse rápidamente, afectando con especial intensidad a Hispania.

La península ibérica no solo sufrió el enfrentamiento entre el usurpador Constantino III y los partidarios del emperador Honorio, sino también y poco después, la sublevación de general Geroncio. Este último, para contrarrestar el poder de su antiguo jefe, el usurpador Constantino, y sus seguidores, pacto con suevos, vándalos y alanos, a los que permitió la entrada en la península en el año 409 d.C. (ARCE, 2009, 195ss). La inestabilidad y vacío de poder existente permitió a los bárbaros extenderse en muy poco tiempo por toda la península, estableciendo entre ellos un reparto de zonas de control en el 411 d.C. Por dicho acuerdo, la provincia *Carthagi-*



nensis, a la que desde tiempos de Diocleciano pertenecía la ciudad de *Valentia*, pasaba a la jurisdicción de los alanos. Ante dicha situación Roma tuvo que aceptar ese mismo año la entrada de los visigodos, pueblo federado al Imperio, como fuerza militar capaz de acabar con los otros pueblos bárbaros. Gracias al acuerdo con el rey visigodo Valia (416-418) parte de los vándalos y alanos fueron derrotados, aunque ello no pacificó el territorio peninsular. En todo caso estos acontecimientos mostraban claramente la debilidad del dominio romano en Hispania. La ciudad de *Valentia* quedó expuesta ahora a la amenaza vándala, que sin embargo desapareció con su traslado a África (429) y después a la sueva. Pero el control visigodo, aún bajo la teórica autoridad romana, se fue haciendo cada vez más dominante en la zona (SEGUÍ-SÁNCHEZ, 2005, 30-32). En el caso de *Valentia*, la evidencia arqueológica parece confirmar el declive de la actividad municipal en el siglo V, momento en el que perderá su función original un edificio emblemático de las ciudades romanas clásicas como es el circo (RIBERA, 2003, 51). La ciudad comenzará a cambiar su fisonomía para convertirse en una ciudad cristiana, en la que el culto a san Vicente tendrá una especial importancia. Desgraciadamente, carecemos de fuentes de información sobre aspectos tan importantes como la instauración de la sede episcopal, que tuvo lugar en esta época, o la posible incidencia de las invasiones bárbaras en nuestro territorio.

La última ciudad romana

[JOSÉ LUIS JIMÉNEZ SALVADOR –UVEG–]

La investigación arqueológica desarrollada en Valencia en las últimas décadas señala que, hacia el último tercio del siglo III, se desencadenaron diversos episodios violentos en forma de incendios que afectaron a varias zonas de la ciudad (RIBERA, 2000; 2008b). Se desconoce el origen de tales sucesos, aunque la recuperación de algún tesoro de monedas coetáneo con estos hechos (RIBERA-SALAVERT, 2005) debe interpretarse como un claro signo de inseguridad o de alteración de la vida urbana, sin que por el momento pueda identificarse su causa. Lo que sí quedó patente fue que tras los incendios el abandono se impuso sobre los intentos de reconstrucción de los edificios destruidos.

Todo apunta a que desde las postrimerías del siglo III la ciudad de época romana imperial, que llevaba más de dos siglos de apacible estabilidad, asistió al inicio de un proceso de cambio que se materializaría a lo largo de buena parte del siglo IV, marcando el devenir de la última ciudad romana ya entrado el siglo V.

El principal efecto de esta nueva etapa para la ciudad fue la reducción de su superficie urbana, pero habida cuenta de las dificultades que hoy en día sigue habiendo para delimitar el perímetro de la ciudad romana imperial, más que de reducción de la superficie total, habría que hablar de una disminución de espacios urbanizados respecto de la fase precedente. Este proceso ha podido documentarse en clave arqueológica sobre todo en la zona norte de la ciudad, a partir de diversas intervenciones en extensión desarrolladas en el edificio de Les Corts Valencianes (LÓPEZ *et al.*, 1994) y en el solar destinado a su ampliación en las calles Salvador-Viciano (CALVO *et al.*,

La investigación arqueológica desarrollada en Valencia en las últimas décadas señala que hacia el último tercio del siglo III, se desencadenaron diversos episodios violentos en forma de incendios que afectaron a varias zonas de la ciudad. Se desconoce el origen de tales sucesos, aunque la recuperación de algún tesoro de monedas coetáneo con estos hechos, debe interpretarse como un claro signo de inseguridad o de alteración de la vida urbana sin que por el momento pueda identificarse su causa. Lo que sí quedó patente fue que tras los incendios el abandono se impuso sobre los intentos de reconstrucción de los edificios destruidos.

Nivel de destrucción del siglo III d.C. documentado en el solar de la Almoína, 1986. Archivo SIAM.